

Carta vocacional

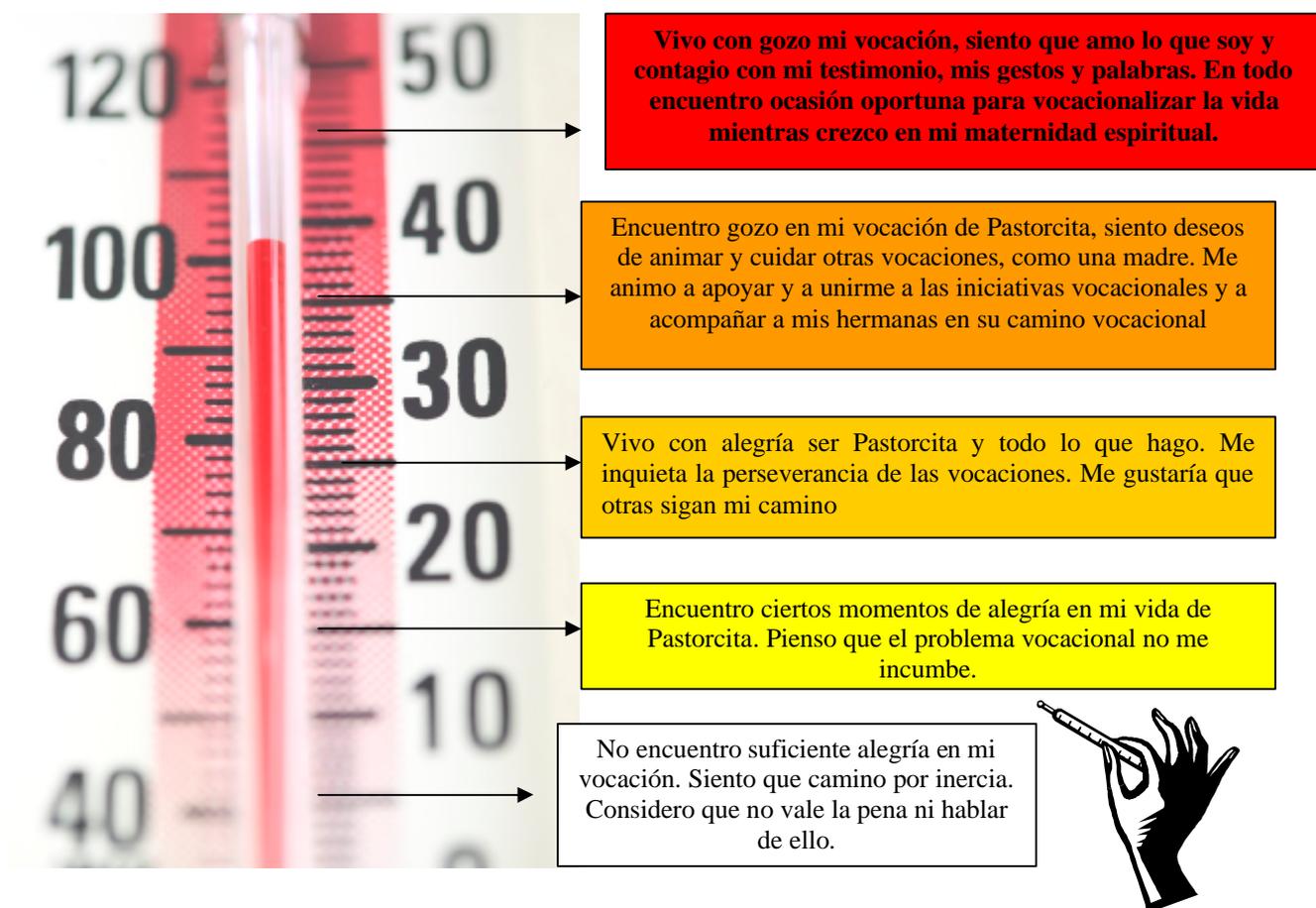
Diciembre 2007

“Quien tiene celo por las vocaciones, salva y santifica la propia.
Por otra parte, el amor a la propia, aumenta el celo por la vocación ajena.”
(P. Alberione, “Para una renovación espiritual”, 555)

Qué sencilla y hermosa propuesta nos presenta el P. Alberione, con la cual queremos comenzar esta carta vocacional, que será la última de este año.

No nos cabe duda alguna de que cuando amamos a alguien o un proyecto, y nos sentimos enamorados, absorbidos por ese amor, lo primero que buscamos es comunicarlo, compartirlo; y también nos animamos a proponerlo, a contagiar ese deseo que nos brota de lo más profundo del corazón. La alegría, el gozo, la paz, la comunión son los signos que acompañan este estado y que al mismo tiempo confirman que la cosa viene de Dios. Así el amor, la alegría, la paz que nos despierta nuestra propia vocación produce en nosotros un deseo firme y continuo de compartirla, de que otros vivan lo mismo. Y al mismo tiempo este deseo de compartir hace crecer y profundizar nuestra vocación en el camino cotidiano de la entrega, del Sí de cada día.

Por eso, qué bueno sería que llegadas a este fin de año, cercanas a la Navidad, pudiéramos a la luz del pesebre, mirar con serenidad qué marca el **termómetro** de nuestra vocación y de nuestro celo por ella y por las demás vocaciones, especialmente por la de mis hermanas de comunidad.



Hemos comenzado el tiempo de adviento y nos preparamos a la Navidad; es oportuno entonces detenernos un momento en la figura de María, Madre y Modelo de las vocaciones y primera Pastorcita.



“El Señor ha hecho al hombre libre. La vocación es un acto de amor de Dios, por eso requiere un acto voluntario de amor para seguirla, corresponderla. Hay que modelarse sobre el Hijo de Dios...Y hay que modelarse sobre el ejemplo de María. Apenas oyó su vocación, enseguida: *“Ecce ancilla Dómini, fiat mihi secundum verbum tuum.”* Sí, el sí generoso, cotidiano. La vocación a veces no es correspondida cuando se oye la voz de Dios, y a veces no es correspondida después, cuando ya se había dicho el sí.” (P. Alberione, **“Para una renovación espiritual”**, 555)

Contemplemos la belleza del Sí de María y la inmensidad del misterio de su vocación. La joven de corazón virginal, supo “escuchar” y responder a lo que la vida le presentaba, nada menos que la Palabra del mismo Dios, que penetró tan hondamente en ella hasta hacerse carne. María responde, asume, acoge, se hace cargo al oír la voz de Dios y también después, cuando el plan ya está en marcha, ya es vida cotidiana, embarazada de Dios, hija, hermana, esposa, madre para todos.

También nosotras y tantas jóvenes que esperan, estamos invitadas a escuchar la voz de Dios y responder con la sencillez del corazón acostumbrado a escuchar, indagar, discernir, buscar esa voz entre muchas. Y estamos invitadas a responder también en el camino cotidiano, en lo concreto de cada día; porque cada día decidimos responder y acoger al Dios vivo que quiere hacerse vida y carne en nosotras. Estamos invitadas a sentirnos hijas, hermanas, esposas, madres de todos, ternura y calor, valor y profecía, “embarazadas de Dios”, siempre abiertas a su Palabra.



“María cumple su misión correspondiendo a la vocación. Apenas conocerla, ella inclinó la cabeza diciendo al Ángel: *“Aquí está la sierva del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho.”* (Lc 1,38), es decir, según el divino querer, según el anuncio que me has dado...”



Y María da al mundo a Jesús. En el portal ella lo coloca en el pesebre, se arrodilla para adorarle, mientras los ángeles alrededor del establo cantan el himno: *“Gloria a Dios y paz a los hombres”*. Lo presenta a los pastores que acuden, según el aviso del ángel: *Id a Belén; encontraréis un niño con la madre*” (Lc 2,12) Y encontraron al Niño en brazos de la Madre.

Lo presenta a los Magos, que tras el signo de una estrella llegan de lejos buscando al recién nacido rey, a quien no ha sido hecho rey por los hombres, éstos ni siquiera le conocen, sino que ha nacido rey por su naturaleza. Y María presenta a los representantes de la gentilidad a su Niño, para que le conozcan y le adoren. Ellos comprenden, adoran y, en señal de pleitesía, de amor y de sumisión, le ofrecen los tres dones simbólicos.” (P. Alberione, **“Para una renovación espiritual”, 513**)



¡Feliz Navidad!